

mos nuestras vidas, y algunos de vosotros descenderéis esta noche a los infiernos.”

Mientras perduró el régimen federal, del cual el doctor PARDO fue adversario, no volvió a figurar en la cosa pública. Se consagró al ejercicio de la abogacía y a negocios de comercio y agricultura. Apenas cumplida la regeneración, que hizo imperar de nuevo las ideas conservadoras, fue electo miembro y después presidente del Senado. En calidad de tal, le tocó dar posesión del poder ejecutivo a don Carlos Holguín. Su discurso en aquella vez fue menos incisivo, pero no menos elocuente que el del 7 de marzo. Para Holguín debió ser motivo de satisfacción recibir el bastón y la banda presidenciales de un hombre a quien él estimaba profundamente, de uno que había vivido en tiempo de Bolívar y había sido secretario de don Mariano Ospina.

Don JUAN ANTONIO PARDO murió en esta ciudad el 31 de mayo de 1895, como había vivido: abrazado con la cruz del Redentor, lleno de esperanzas en la inmortalidad del cielo.

Educó una familia, heredera de sus creencias y virtudes. Uno de sus hijos, don Emilio, fue amigo nuestro del alma. ¡Qué dura será la muerte de los seres amados para los que ignoran que ella es principio de la verdadera vida!

EL REVERENDO PADRE SANTIAGO PARAMO

El arte colombiano, la capital de la República, la juventud estudiosa, la Compañía de Jesús están de duelo por la muerte del Reverendo Padre SANTIAGO PÁRAMO, acaecida antier en el Colegio de San Bartolomé.

Entre los pintores contemporáneos, que son autores beneméritos de un renacimiento artístico, el Padre PÁRAMO ocupaba uno de los lugares preminentes. Quizá sus figuras, a semejanza de las de Giotto y Fra Angélico,

carecían del relieve y de la vida sensitiva que se hallan en los cuadros de Miguel Angel y de Rivera. No podía esperarse otra cosa de quien, por su profesión religiosa, no pudo estudiar objetivamente anatomía, ni servirse de modelos vivos. Pero, en cambio, el Padre PÁRAMO es nuestro pintor místico moderno, como son nuestros poetas de ese género, Belisario Peña y el Padre Teódu-lo Vargas.

No necesita el artista profano o meramente religioso sino dotes, aunque rarísimas y a pocos concedidas, meramente naturales. El místico requiere, además, grandes dones del orden sobrenatural. El pintor profano va a los museos, el místico a los altares; el primero produce asombro, el segundo devoción; aquél hace clamar al espectador, éste lo hace caer de rodillas. El crucifijo de la casa de ejercicios de Cajigas ha tenido parte en la conversión de muchos pecadores; la Magdalena arrodillada a los pies del crucificado ha hecho derramar muchas lágrimas de contrición.

Bogotá es patria de Gregorio Vásquez y Ceballos, el mayor de nuestros pintores, y del doctor Francisco Margallo, el más santo de nuestros sacerdotes; y añadirá a sus timbres el haber sido cuna del Padre PÁRAMO.

Consagró él su vida al estudio y a la enseñanza, no sólo de su arte, en que dejó muy aventajados discípulos, sino de las ciencias profanas y sagradas. Regentó por varios años la cátedra de teología dogmática en el Seminario de Bogotá.

Mejor que todo eso, fue sacerdote ejemplar y dechado de religiosos. El Reverendo Padre Isidoro Zameza, cuando era Superior de los jesuitas en Colombia, nos dijo, hablando del Padre PÁRAMO: “Es un hombre lleno del espíritu de la Compañía.” No cabe mayor elogio.

Tuvimos por el Padre PÁRAMO admiración y cariño en vida; nos es grato honrar su memoria y cumpliremos el deber de orar por el descanso de su alma.